

JOSÉ MANUEL CAMACHO DELGADO

CRISTÓBAL COLÓN Y LAS REPRESENTACIONES DEL PODER EN LA NARRATIVA DE GARCÍA MÁRQUEZ

El mejor ataque, un buen homenaje

Las relaciones de García Márquez con la figura de Cristóbal Colón son contradictorias y muchas veces mal avenidas, tal y como lo ha dejado claro en un reguero de entrevistas y declaraciones en las que no ha dudado en señalar el carácter pernicioso y funesto del Almirante. Así, en sus conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza, el Nobel cataquero reconocía lo siguiente:

- “- ¿El personaje histórico que más te interesa?
- Julio César pero desde un punto de vista literario.
- ¿El que más detesta?
- Cristóbal Colón. Además tenía la “pava”. Lo dice un personaje en *El otoño del patriarca*” (Mendoza: 1982, 173).

Es evidente que estas palabras ponen de manifiesto no sólo la animadversión que siente por el Descubridor, sino también el enconamiento que le provoca el recuerdo de su gesta histórica. No obstante, aunque despreciable por su “hazaña” histórica, es uno de los personajes reales a los que el escritor colombiano ha dedicado más reflexiones y comentarios en su prolija obra periodística y en su propia producción novelística. Por paradójico que resulte, el Almirante es un personaje mimado y uno de los huéspedes habituales de su universo narrativo.

Las fijaciones y atenciones que García Márquez dedica al descubridor son lógicas y hasta cierto punto normales dentro del contexto de la literatura hispanoamericana. Ningún personaje de la historia americana goza de tanta popularidad y ha sido utilizado tantas veces como argumento recurrente en los diferentes géneros literarios (Frenzel: 1976, 99-101). Colón representa el espíritu aventurero por antonomasia; él es el navegante indómito y visionario a quien está reservado el privilegio de llegar al Nuevo Mundo por orden expresa de la Providencia¹. Colón representa el origen del mundo americano, el fundador del nuevo orden que se consolida con la llegada del Renacimiento en Europa; él es el gran patriarca americano y, por tanto, la primera piedra sobre la que se construye el monumental edificio de la tiranía (Palencia-Roth: 1985).

Los primeros recuerdos que García Márquez tiene del descubridor se remontan a los años de su niñez. El fragmento, sacado de uno de sus artículos periodísticos, dice así:

“Una de las fascinaciones de la infancia era una litografía en la que se representaba el regreso de Colón de su primer viaje. Los Reyes Católicos, que acababan de expulsar de España a los árabes, lo hicieron ir hasta Barcelona, donde lo recibieron con un esplendor que tal vez no fue tanto en la realidad como en la litografía. Lo digo con base en una comprobación curiosa: el gobierno de la ciudad de Barcelona lleva un diario de todo cuanto ocurre en ella desde la

¹ Esta es la idea que ha manejado buena parte de la historiografía tradicional. Valga como ejemplo este fragmento de Washington Irving:

“Era sin duda un visionario de especie extraordinaria y afortunada. El modo con que un vigoroso juicio y una sagacidad aguda refrenaban su imaginación y naturaleza mercurial y ardiente, es la facción más notable de su fisonomía moral. Gobernaba así, la fantasía, en vez de ejercitarse en ociosos vuelos, daba ayuda a la razón, y le facilitaba formar conclusiones a que no sólo no llegaban los ánimos comunes sino que no las percibían aun después de mostrárselas. Le fue dado a su visión intelectual leer los signos de sus tiempos, y trazar en las conjeturas y sueños de las edades pasadas las indicaciones de un mundo desconocido; como los astrólogos se decía que leían las predicciones en las estrellas, y predecían los sucesos por medio de las visiones nocturnas” (en *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón*, Madrid, Ediciones Istmo, 1987, pág. 512).

Véase también el estudio de Alain Milhou, *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscano español*, Valladolid, Casa-Museo de Colón, Cuadernos Colombinos, nº XI, 1983.

Edad Media, y el día en que los Reyes recibieron a Colón no se hizo una anotación especial, sino una mención pasajera entre muchas otras sobre un navegante que regresó de algún viaje y que fue recibido en audiencia por los Reyes. Ese episodio, tal como lo describe la litografía, hace pensar en nuestros antepasados caribes como unos morenos altos y apuestos, cubiertos de plumas y collares y toda clase de adornos de oro, y cargados de frutos extraños de aspecto venenoso y de animales raros que debieron parecer de pesadilla a los testigos de la audiencia. Sin embargo, en lo que conocemos como el diario de Colón -que es apenas la reconstrucción hecha por el padre Las Casas-, nuestros antepasados no están descritos con tanto asombro. Se dice que estaban muy bien hechos, de muy hermosos cuerpos y muy buenas caras, y que tenían los cabellos gruesos y casi como sedas de caballos. La descripción no deja dudas de que tenían el cuerpo pintado y que no eran ni blancos ni negros, sino del color de los nativos de las islas Canarias. Se deduce que también de aquella primera visión que los habitantes de la isla de Guanani andaban por la playa como sus madres los parieron, aunque, al parecer, no había ninguna mujer entre los que se acercaron a recibirlos en sus almadías (...) Lo cual autoriza a pensar que el machismo proverbial de los latinoamericanos pudo haber llegado en las carabelas" (1991, 433-435).

Colón aparece con cierta frecuencia en su novelística², aunque no siempre lo hace con nombre y apellidos. Es frecuente encontrarlo camu-

² Uno de los casos típicos tiene lugar en *El general en su laberinto*. En la recreación que hace de los últimos días de Simón Bolívar, cuando éste se encuentra "moribundo y en derrota" viajando por el río Magdalena, vive un episodio que le trae a la memoria la figura del Descubridor:

"Cristóbal Colón había vivido un instante como ése, y había escrito en su diario: « Toda la noche sentí pasar las aves». Pues la tierra estaba próxima al cabo de sesenta y nueve días de navegación. También el general las sintió. Empezaron a pasar como a las ocho, mientras Carreño dormía, y una hora después había tantas sobre su cabeza, que el viento de las alas era más fuerte que el viento (...) «¡Dios de los pobres!», suspiró el general. « Estamos llegando». Y así era. Pues ahí estaba el mar, y del otro lado del mar estaba el mundo" (Madrid, Mondadori, 1989, págs. 139-140).

En cierto sentido Bolívar vive la vida con tintes análogos a los de Colón, no sólo por la sorpresa y el descubrimiento de nuevas tierras, sino también por la propia "pobreza" y el desprestigio con que afronta los últimos días de su vida.

flado o insinuado en la silueta intelectual de otros personajes. El ejemplo más evidente de esto último lo encontramos en *Cien años de soledad*³. En la fundación mítica de Macondo no podían faltar las referencias que relacionaran, de una manera o de otra, a José Arcadio Buendía y al fundador del mundo americano, Cristóbal Colón. Las vinculaciones y paralelismos existentes entre ambos personajes se centran fundamentalmente en dos cuestiones: demostrar que la tierra es redonda y encontrar otras tierras y otros hombres más allá de los mares conocidos.

José Arcadio Buendía entra en contacto con el mundo científico gracias a la intervención del gitano Melquíades. Es él quien lleva a Macondo el imán, al que llama “la octava maravilla de los sabios alquimistas de Macedonia” (pág. 71) así como el catalejo y “una lupa del tamaño de un tambor” (pág. 72) con la que José Arcadio llega a concebir una guerra solar. Con el paso de los años, Melquíades regala a su buen amigo José Arcadio “unos mapas portugueses y varios instrumentos de navegación” (pág. 74) y pone además a su disposición el “astrolabio, la brújula y el sextante” (pág. 74). Todos estos elementos introducidos por Melquíades en el universo mítico de Macondo remiten necesariamente a los avances experimentados por la ciencia náutica en Europa desde mediados del siglo XV. Los nuevos instrumentos relacionados con la navegación y la cartografía fueron decisivos para que España y Portugal pasaran a convertirse en potencias marítimas (Comellas: 1991).

La avidez intelectual de José Arcadio Buendía, su enorme capacidad para la fantasía, su espíritu abierto y libre de prejuicios le permiten concebir la existencia de otros mundos y otros pueblos. Sus especulaciones sobre la dimensión de la tierra le llevan además a demostrar mediante axiomas filosóficos que la tierra es redonda, tal y como había perseguido siglos antes el propio Cristóbal Colón:

“Cuando se hizo experto en el uso y manejo de sus instrumentos, tuvo una noción del espacio que le permitió navegar por mares

³ Madrid, Cátedra, 1984. Cito siempre por esta edición en el propio texto.

incógnitos, visitar territorios deshabitados y trabar relación con seres espléndidos, sin necesidad de abandonar su gabinete (...) De pronto, sin ningún anuncio, su actividad febril se interrumpió y fue sustituida por una especie de fascinación. Estuvo varios días como hechizado, repitiéndose a sí mismo en voz baja un sartal de asombrosas conjeturas, sin dar crédito a su propio entendimiento. Por fin, un martes de diciembre, a la hora del almuerzo, soltó de un golpe toda la carga de su tormento. Los niños habían de recordar por el resto de su vida la augusta solemnidad con que su padre se sentó a la cabecera de la mesa, temblando de fiebre, devastado por la prolongada vigilia y por el encono de su imaginación, y les reveló su descubrimiento:

-La tierra es redonda como una naranja.

(...) Reunió en el cuartito a los hombres del pueblo y les demostró, con teorías que para todos resultaban incomprensibles, la posibilidad de regresar al punto de partida navegando siempre hacia el Oriente. Toda la aldea estaba convencida de que José Arcadio Buendía había perdido el juicio, cuando llegó Melquíades a poner las cosas en su punto. Exaltó en público la inteligencia de aquel hombre que por pura especulación astronómica había construido una teoría ya comprobada en la práctica, aunque desconocida hasta entonces en Macondo" (págs. 74-76).

"La posibilidad de regresar al punto de partida navegando siempre hacia Oriente" (pág. 75) no es ni más ni menos que lo que pretendía demostrar Cristóbal Colón, pero la fortuna le deparó el privilegio de tropezarse con un continente hasta entonces desconocido. Debemos esperar hasta las expediciones de Magallanes (1519-1521) y el pirata Francis Drake (1577-1580) para que el viaje alrededor del mundo deje de ser una quimera medieval para convertirse en una realidad renacentista. Sin embargo, en la afirmación de José Arcadio Buendía hay un detalle fundamental que invierte el sentido del descubrimiento. El viaje que pretendía Colón era hacia Occidente, mientras que el fundador de Macondo lo proyecta hacia Oriente. Es así como García Márquez parodia el nacimiento del Nuevo Mundo y parodia la propia figura de Cristóbal Colón como navegante y descubridor.

Este pasaje ha pasado inadvertido para la práctica totalidad de la crítica marquiiana que se ha centrado en *Cien años de soledad*. Creo, no obstante, que constituye un buen ejemplo de que la parodia histórica de Colón había sido ya realizada con anterioridad a la publicación de *El otoño del patriarca*⁴, aunque es en esta novela donde el escritor colombiano sentencia su postura reticente hacia la figura del Almirante.

Cristóbal Colón y la novela del patriarca

Michael Palencia-Roth (1983) estudió la aparición de Colón junto con sus tres carabelas al final del primer capítulo como un ejemplo de intertextualidad histórica (Gramusset: 1992). En este caso García Márquez utiliza el texto del *Diario de a bordo* correspondiente a los días 12 y 13 de octubre de 1492 para insertarlo en su propia trama novelística. Colón, figura histórica, pasa así a convertirse en personaje literario. Él representa dentro de la novela el imperialismo político y cultural, el embrión originario del que parte el poder absoluto del patriarca. El texto de Colón es reescrito por el novelista colombiano utilizándolo como si se tratara de una plantilla histórica sobre la que ajusta su propia ficción literaria. Antes de analizar con más detenimiento este ejemplo de hipertexto histórico (Genette: 1989), es preciso rastrear y analizar los móviles que llevan a García Márquez a utilizar la primera obra de la historiografía americana dentro de su complejo mundo literario (Palau de Nemes: 1975).

A pesar del desprecio evidente que el novelista colombiano siente por la figura humana del Almirante, siempre que puede se vuelca en elogios hacia el *Diario de a bordo*, al que considera como una de sus lecturas favoritas (Mendoza, 74-75). Esta preferencia debemos entenderla dentro de un contexto más amplio, puesto que García Márquez es desde hace muchos años un lector apasionado de “las crónicas de navegantes” (Durán: 1968). El escritor colombiano considera que “la primera obra de literatura mágica es el *Diario* de Cristóbal Colón, libro que habla de

⁴ Madrid, Mondadori, 1987. Cito siempre por esta edición en el propio texto.

plantas fabulosas y de mundos mitológicos”, según confiesa a Plinio Apuleyo Mendoza (1982: 74-75). En la entrevista mantenida con Luis Suárez, García Márquez hacía las siguientes reflexiones sobre el *Diario* de navegación y las extrañas circunstancias que rodearon su transmisión hasta llegar a nosotros:

“La llamada literatura mágica de América Latina, que es tal vez la literatura más realista del mundo, está circunscrita a un área cultural muy concreta, el Caribe y Brasil. Se piensa que su carga mágica se debe al elemento negro. Pero en realidad es anterior. La primera obra maestra de la literatura mágica es el «Diario de Cristóbal Colón». Y ya estaba tan contaminado de la magia del Caribe que la propia historia del libro es inverosímil. Su parte más emocionante, o sea el momento mismo del descubrimiento, fue escrito dos veces y ninguna de las dos la conocemos directamente. En efecto, pocas noches antes a su primer regreso a España, una borrasca tremenda sorprendió a la maltrecha nave de Colón, a la altura de las Azores. Colón pensó que ninguno de los tripulantes sobreviviría a la tormenta y que la gloria de sus descubrimientos se la iba a ganar Martín Alonso Pinzón, cuya nave le llevaba la delantera. Para preservarse de aquel asalto a su gloria, Colón escribió en una noche la historia apresurada de sus descubrimientos, metió los legajos en un barril de brea para protegerlos de la intemperie y echó el barril al agua. Era tan desconfiado, como se sabe, que no dijo a ninguno de sus marinos de qué se trataba, sino que les hizo creer que era un voto a la Virgen María para que calmara la tempestad. Lo más sorprendente de todo es que la tempestad se calmó y lo otro es que el barril no apareció nunca, lo que quiere decir que, de todos modos, aunque la nave hubiera naufragado, la versión de Colón no se habría conocido nunca. La segunda versión, escrita con menos prisa, también se perdió. Lo que se conoce como el «Diario de Cristóbal Colón» es, en realidad, la reconstrucción que hizo el padre Las Casas, quién la había leído en los originales. Por mucha música que le hubiera puesto Las Casas, y por mucho que le hubiera quitado, la verdad es que el texto constituye la primera obra de la literatura mágica del Caribe” (Rentería:1979, 196).

No menos sorprendente resulta la biografía del Almirante, llena de espacios en blanco y marcada siempre por el misterio y la incertidumbre, según reconoce el propio García Márquez en la misma entrevista:

“La segunda obra tal vez es la propia vida de Colón, llena de misterios que él mismo provocaba. El misterio empieza con la propia imagen del Descubridor. Lo han pintado tan menesteroso, caminando de aquí para allá, saliendo conmovedoramente con su hijo Diego del convento de La Rábida, muriéndose encadenado y en la miseria, que nadie se lo imagina en realidad como era (...) Era un hombre de una estatura descomunal, pelirrojo, cubierto de pecas, con unos ojos de un azul intenso⁵ y una calvicie que le preocupaba tanto que en sus viajes buscaba fórmulas mágicas para conservar el cabello. Sin embargo, tal vez nada es tan fantástico como el destino de su cadáver.

Es quizás el único hombre de la Historia del cual existen tres tumbas en distintos lugares del mundo y no se sabe a ciencia cierta en cuál de las tres se encuentra. Hay una en la catedral de Santo Domingo, otra en la de La Habana y otra en la de Sevilla” (Rentería: 1979, 196).

Dentro de esa interminable cadena de suposiciones, errores y rectificaciones que es la propia vida de Cristóbal Colón (Gil: 1989; Manzano: 1989; Varela: 1992), García Márquez da su propia versión del personaje

⁵ Los principales testimonios de la época coinciden con la versión que da García Márquez, lo que es una prueba más de la intensa labor de investigación que lleva a cabo en cada una de sus obras. Así por ejemplo, Don Hernando Colón dice que “el Almirante fue un hombre bien formado y de estatura más que mediana, de rostro alargado. Tenía la nariz aguileña y los ojos claros, la tez blanca y teñida por vivos colores. En su juventud tenía los cabellos rubios, pero al llegar a los treinta años encaneció por completo”.

Otro de los testigos privilegiados de aquellos acontecimientos, el dominico fray Bartolomé de las Casas dice de él que “fue de alto cuerpo, más que mediano; la nariz aguileña: el rostro largo y autorizado; el color blanco, que tiraba a rojo encendido; la barba y cabellos, cuando era mozo, rubios, puesto que muy presto con los trabajos se le tornaron canos”.

El último testimonio importante pertenece a Gonzalo Fernández de Oviedo, quien dijo que era “hombre de buena estatura e aspecto, más alto que mediano, e de recios miembros; los ojos vivos, e las otras partes del rostro de buena proporción; el cabello muy bermejo, e la cara algo encendida e pecoso”. Todos estos datos están sacados de la obra de Paolo Emilio Taviani: 1992, 61-62.

histórico relacionándolo en la literatura con el animal mitológico de América Latina, representado por su dictador matusalénico en *El otoño del patriarca*. Ambos personajes coinciden en los orígenes del llamado “vasto reino de pesadumbre”, entendido este espacio como el trasunto literario de Hispanoamérica. Además de ellos dos, otros nuevos inquilinos vienen a compartir el espacio y el tiempo intrínseco de la novela: los infantes de marina y su poderoso acorazado militar. En un mismo punto narrativo cohabitan de forma simultánea épocas y situaciones muy diferentes de la historia del continente americano. El patriarca es el testigo de excepción capaz de dar cuenta de las complejas formas del poder instaladas en el Nuevo Mundo. Ello tiene lugar en una de las tantas noches en las que el patriarca “abrió la ventana del mar por si acaso descubría una luz nueva para entender el embrollo que le habían contado, y vio el acorazado de siempre que los infantes de marina habían abandonado en el muelle, y más allá del acorazado, fondeadas en el mar tenebroso, vio las carabelas” (pág. 48).

Con esta imagen inquietante se cierra el primero de los seis capítulos que integran la novela. Un mismo mar tenebroso es capaz de albergar en sus siniestras aguas las embarcaciones que simbolizan y representan el poder en épocas muy diferentes. Las tres carabelas representan el poder colonial; por su parte, el acorazado remite al imperialismo yanqui y a la política intervencionista de Estados Unidos en toda América Latina. Ahora bien, ¿por qué es precisamente el patriarca quien tiene la terrible visión del *mar tenebroso* lleno de amenazas? La respuesta la encontramos no sólo en el fragmento referido, sino también en la actitud humana y política de García Márquez, para quien América Latina sigue siendo colonizada y ultrajada cinco siglos después de su “descubrimiento”. El hecho mismo de que la historia americana se estudie desde la irrupción que supone la llegada de Colón es una tergiversación nada inocente de la cultura oficial:

“Creo que es una falsa premisa considerar la historia de América Latina a partir del desembarco de la conquista española. Es justamente una idea colonizada (...) Hay que ver la historia anterior a

la conquista para comprobar mejor muchos problemas actuales y nada ha servido más y ha sido mejor manipulado que las demarcaciones de fronteras que se hicieron entre los países del continente” (Rentería, 182).

Quizás por una vez, el patriarca y el escritor colombiano se identifican ante una misma realidad histórica. El novelista y su criatura participan de lo que el historiador mexicano Miguel León-Portilla (1985) ha denominado “la visión de los vencidos”.

Los misterios de Colón. La biografía insólita del almirante

García Márquez conoce muy bien la biografía de Cristóbal Colón y la ha utilizado en aquellos puntos que resultan más insólitos y extraordinarios para la literatura y para la propia historiografía. Del Almirante conocemos parte de su vida con una exactitud casi milimétrica, gracias entre otras razones, a la biografía escrita por su hijo don Hernando Colón y a la copiosa documentación que nos ha llegado de diferentes cronistas de la época. Sin embargo, desconocemos algunos de los momentos más importantes y fundamentales de su vida y de su personalidad.

A pesar de la avalancha de estudios que han centrado sus investigaciones en la figura del Descubridor todavía quedan muchos interrogantes por resolver, algunos de los cuales llevan camino de convertirse en enigmas insolubles. Su hazaña histórica, así como el misterio que rodea buena parte de sus actos y palabras, hacen del Almirante un personaje especialmente atractivo para un escritor acostumbrado a tratar la realidad desde sus ángulos más dispares.

En *El otoño del patriarca*, además de la recreación del Descubrimiento de América, encontramos otras alusiones a la vida y obra del navegante genovés. Así, por ejemplo, el patriarca lleva puesta una “espuela de oro en el talón izquierdo que le había regalado el almirante de la mar oceana para que la llevara hasta la muerte en señal de su más alta auto-

ridad" (pág. 176). De forma explícita se reconoce que el poder que representa Cristóbal Colón dentro del mundo colonial pasa directamente al patriarca por medio de esta especie de amuleto, que funciona dentro de la novela como si se tratara de un rito de iniciación entre caballeros andantes. Cada vez que aparece en la novela "el reguero de estrellas de la espuela de oro" (pág. 90) se está haciendo alusión a la presencia silenciosa, pero constante, del Descubridor. Ambos personajes están tristemente presentes en la historia de Hispanoamérica.

Además de estos datos esparcidos por la novela, García Márquez se sirve de la biografía insólita del Almirante para cuestionar la validez de las verdades oficiales que rodean su vida. El proyecto de Colón, considerado como trascendental y glorioso por parte de la historiografía tradicional, aparece en *El otoño* como el fracaso mayor que ha conocido el hombre americano. Para representar dicho fracaso, el escritor colombiano se sirve del naufragio simbólico de la nao capitana que llevó a Colón al Nuevo Mundo en su primer viaje. El pasaje tiene lugar después que los marines se llevan el "viejo mar de ajedrez" y dejan el "cráter desgarrado" de una superficie desértica. Allí, en el fondo, el pueblo contempla atónito

"la muy antigua ciudad de Santa María del Darién arrasada por la marabunta, vimos la nao capitana del almirante mayor de la mar oceana tal como yo la había visto desde mi ventana, madre, estaba idéntica, atrapada por un matorral de percebes que las muelas de las dragas arrancaron de raíz antes de que él tuviera tiempo de ordenar un homenaje digno del tamaño histórico de aquel naufragio" (pág. 244. La cursiva es mía).

El naufragio al que se refiere García Márquez ocurrió el 25 de diciembre de 1492. La nao Santa María, gobernada por un grumete mientras el maestre encargado y el resto de la tripulación descansaban, se deslizó lentamente hacia la costa y quedó encallada. La nao se perdió aunque se pudo salvar íntegramente a su tripulación así como todos los enseres que llevaban a bordo. El *Diario* cuenta el episodio en los siguientes términos:

“Quiso Nuestro Señor que a las doze oras de la noche, como avían visto acostar y reposar el Almirante y vían que era calma muerta y la mar como en una escudilla, todos se acostaron a dormir, y quedó el governallo en la mano de aquel muchacho, y las aguas que corrían llevaron la nao sobre uno de aquellos bancos; los cuales, puesto que fuese de noche, sonavan que de una grande legua se oyeran y vieran, y fue sobre él tan mansamente que casi no se sentía. El moço, que sintió el governalle y oyó el sonido de la mar, dio bozes, a las cuales salió el Almirante, y fue tan presto que aún ninguno avía sentido qu’stuviesen encallados (...) Cuando el Almirante vido que se huían y que era su gente, y las aguas menguavan y estava ya la nao la mar de través, no viendo otro remedio, mandó cortar el mastel y alijar de la nao todo quanto pudieron para ver si podían sacarla; y como todavía las aguas menguassen, no se pudo remediar, y tomó lado hazia la mar traviesa, puesto que la mar era poca o nada, y entonces se abrieron los conventos y no la nao. El Almirante fue a la caravela para poner en cobro la gente de la nao en la carabela” (Colón: 1989, 97-98).

Ahora bien, ¿por qué García Márquez recoge este pasaje y concede una dimensión “histórica” a aquel naufragio? La respuesta a esta pregunta la encontramos en el propio *Diario*, en el texto redactado el 26 de diciembre de 1492. Colón, sorprendido por la actitud amable y servicial de los indios de la costa (“son fieles y sin cudiçia de lo ageno”) decide construir una fortaleza con los maderos de la nao encallada y dejar allí a un buen número de hombres que buscasen el ansiado oro, mientras él volvía a España. Con ese oro se podría emprender la reconquista del Santo Sepulcro de Jerusalén. La fortaleza recibió el nombre de día tan señalado. El primer asentamiento español en el Nuevo Mundo tuvo lugar en el “Fuerte de Navidad”. Allí comenzó el “naufragio” (o desastre) histórico del que habla el narrador colombiano.

Uno de los datos biográficos que más ha llamado la atención del novelista colombiano es el de los restos del Almirante. Tal y como reconocía en su entrevista con Luis Suárez “es quizás el único hombre de la Historia del cuál existen tres tumbas en distintos lugares del mundo

y no se sabe a ciencia cierta en cuál de las tres se encuentra. Hay una en la catedral de Santo Domingo, otra en la de La Habana y otra en la de Sevilla" (Rentería, 196). Si no supiéramos que estos datos son absolutamente ciertos, creeríamos que García Márquez está *contaminando* con su ficción desbordante una parcela fundamental de la historia de Hispanoamérica.

En otro contexto, el hecho de que un mismo hombre haya sido enterrado en tres lugares diferentes, sería un motivo típico del *realismo mágico*; sin embargo, en este caso es la propia realidad quien se anticipa en varios siglos a la imaginación trepidante del gran novelista colombiano. No en vano, el motivo literario de los "huesos trashumantes" ya había sido utilizado en *Cien años de soledad* en el caso de Rebeca Buendía, la hija adoptiva, quien aparece por Macondo transportando a sus padres difuntos en una talega vieja.

La historia póstuma de Colón resulta sorprendente. Una vez fallecido el Almirante, sus restos recibieron sepultura en la iglesia de San Francisco en Valladolid, celebrándose los funerales en la iglesia de Santa María de la Antigua de la misma ciudad. El cuerpo de Colón estuvo en este convento franciscano durante un período de tres años, a la espera de un enterramiento definitivo en Sevilla. No es hasta 1509, con motivo del viaje de su hijo Don Diego a la Española en calidad de gobernador de la isla, cuando deciden trasladar el cuerpo del Almirante (Gil: 1990). No sabemos nada de cuándo, cómo, ni quiénes efectuaron dicho traslado. Sólo sabemos que el 11 de abril de 1509, el mayordomo de Don Diego, Juan Antonio Colombo, apareció por la Cartuja de las Cuevas, en la capital hispalense, transportando un cofre pequeño en el que se encontraba "el cuerpo del señor almirante D. Cristóbal Colón" (Varela, 185). Todo parece indicar que fue enterrado nuevamente en la capilla de Santa Ana, en el sevillano barrio de Triana.

Don Diego Colón falleció en 1526. Su viuda, la Virreina doña María de Toledo, trasladó ambos cadáveres a la Española en 1544, aun-

que “no se ha conservado ninguna escritura notarial que lo atestigüe, y no figura el traslado de ningún cadáver entre la lista de embarque que aportó doña María cuando zarpó para las Indias” (Gil: 1990). Padre e hijo fueron sepultados en la capilla mayor de la Catedral de Santo Domingo, donde permanecieron junto con otros familiares hasta el 21 de noviembre de 1795, fecha en la que España pierde su soberanía sobre la costa oriental de la isla tras la firma del Tratado de Basilea. De vueltas con el macabro peregrinaje, Colón y los suyos fueron trasladados a La Habana, donde permanecieron hasta 1898 (Leal: 1990). Con la independencia de esta última colonia, el gobierno español decidió repatriar los restos del Almirante y de su progenie para darles descanso definitivo en la capital hispalense (Pistarinos: 1990).

Hasta aquí de forma esquemática lo que ha sido el peregrinaje póstumo de Cristóbal Colón. Tanto Sevilla como Santo Domingo y La Habana reclaman la posesión de los restos del navegante genovés (Deive: 1990).

La afirmación de García Márquez está basada, por tanto, en un hecho real. El enigma literario que él plantea en su novela es un enigma histórico. “Tres tumbas en distintos lugares del mundo” reclaman para sí el privilegio (derecho) de ser la última morada de tan insigne huésped, pero en dos de ellas, suponemos, se encuentran mausoleos vacíos o con restos que no son los suyos. Motivo de tal calibre no podía pasar desapercibido para el novelista colombiano y en consecuencia lo utilizó para cuestionar una vez más la naturaleza de las “verdades oficiales”, basándose en la biografía insólita del Almirante. Volviendo a la novela, el patriarca, después de haber sufrido una extraña inundación que le hace navegar por toda la ciudad, se vio obligado a presenciar

“el promontorio de granito del mausoleo vacío del almirante de la mar oceánica con el perfil de las tres carabelas que él había hecho construir por si quería que sus huesos reposaran entre nosotros” (pág. 103).

Aparece de nuevo este motivo cuando el general Rodrigo de Aguil- lar, poco antes de ser ajusticiado, se enfrenta al patriarca recriminán- dole

“que había hecho construir una tumba de honor para un almirante de la mar oceána que no existía sino en mi imaginación febril cuan- do yo mismo vi con estos mis ojos misericordiosos las tres carabelas fondeadas frente a mi ventana” (pág. 124).

En este pasaje no sólo se cuestiona el lugar donde reposan sus restos sino también la propia existencia del Descubridor. Ya casi al final de la novela el patriarca es informado de que Colón “había sido enterrado en tres tumbas distintas de tres ciudades diferentes del mundo aunque en reali- dad no estaba en ninguna” (pág. 253). García Márquez utiliza entonces uno de los arquetipos míticos habituales en su concepción mágica de la narrativa; me refiero al viajero en el tiempo y en el espacio. Esta figura lite- raria ya había aparecido en *Cien años de soledad* ejemplificada en tres perso- najes: el gitano Melquíades, el judío errante y el corsario Víctor Hugues, la versión americana y marinera del holandés errante. Estos personajes y otros, que podemos encontrar en diversas novelas y cuentos, vienen a demostrar que García Márquez ha estado siempre muy interesado en aquellas criaturas que son capaces o están condenadas a viajar en el tiem- po y en el espacio sin descanso. De sobra conocido es que Melquiades es una criatura atemporal y mítica, condición esta que le permite conocer y codificar el futuro de la familia Buen-día en sus famosos pergaminos. Su vida trashumante no está ligada a los límites convencionales de la natu- raleza, sino al perfil atemporal de los arquetipos míticos. Melquiades posee una posición privilegiada en el mundo de los hombres. De él se dice en *Cien años de soledad* que

“era un fugitivo de cuantas plagas y catástrofes habían flagelado al género humano. Sobrevivió a la pelagra en Persia, al escorbuto en el archipiélago de Malasia, a la lepra en Alejandría, al beriberi en el Japón, a la peste bubónica en Madagascar, al terremoto de Sicilia y a un naufragio multitudinario en el estrecho de Magallanes” (pág. 76).

Una lectura atenta del fragmento nos revela un dato importante: todas las catástrofes naturales de las que sale ileso han ocurrido no sólo en lugares diferentes, sino también en épocas muy dispares.

Nadie representa mejor la condición de peregrino en el tiempo y en el espacio que el judío errante. Llamado de múltiples formas (Ashavero, Malco, Cartáfilo, Butadeo) y caracterizado de diferentes maneras según la tradición literaria, fue condenado a vagar y a sufrir hasta el final de los tiempos por no haber ayudado a Jesucristo mientras llevaba la cruz camino del Monte Calvario (Caro Baroja: 1992, 385-398). Como es sabido, el judío errante muere en Macondo cazado en una trampa familiar, como si fuera una simple alimaña de la selva⁶. García Márquez utiliza el mito del judío errante e invierte su sentido, haciéndolo mortal y vulnerable. La criatura más viajera de cuantas habitan el espacio literario encuentra el final de sus días en Macondo, auténtica “sede del tiempo” (Fuentes: 1969).

El judío errante conoció una versión marinera, representada por el capitán Van der Decken, el holandés errante, condenado a intentar cruzar el Cabo de Buena Esperanza hasta el final de los tiempos co-

⁶ La descripción que encontramos en la novela del judío errante conecta con otro personaje, condenado también a vagar hasta el final de los tiempos; me refiero a Lucifer, según la versión que dan de él los tratadistas medievales:

“Dos semanas después de la muerte de Ursula, Petra Cotes y Aureliano Segundo despertaron sobresaltados por un llanto de becerro descomunal que les llegaba del vecindario. Cuando se levantaron, ya un grupo de hombres estaba desertando al monstruo de las afiladas varas que habían parado en el fondo de una fosa cubierta con hojas secas, y había dejado de berrear. Pesaba como un buey, a pesar de que su estatura no era mayor que la de un adolescente, y de sus heridas manaba una sangre verde y untuosa. Tenía el cuerpo cubierto de una pelambre áspera, plagada de garrapatas menudas, y el pellejo petrificado por una costra de rémora, pero al contrario de la descripción del párroco, sus partes humanas eran más de ángel valetudinario que de hombre, porque las manos eran tersas y hábiles, los ojos grandes y crepusculares, y tenía en los omoplatos los muñones cicatrizados y callosos de unas alas potentes, que debieron ser desbastadas con hachas de labrador. Lo colgaron por los tobillos en un almendro de la plaza, para que nadie se quedara sin verlo, y cuando empezó a pudrirse lo incineraron en una hoguera, porque no se pudo determinar si su naturaleza bastarda era de animal para echar en el río o de cristiano para sepultar” (págs. 417-418).

Véase el estudio ya clásico de Julio Caro Baroja, *Las brujas y su mundo*, Madrid, Alianza Editorial, 1989.

mandando el buque fantasma. En *Cien años de soledad* encontramos la variante caribeña de este argumento de la literatura universal en la figura del corsario Víctor Hugues. Otro viajero incansable, José Arcadio, el primogénito de los Buendía, en una de sus sesenta y cinco vueltas alrededor del mundo enrolado en una tripulación pirática pudo ver “en el Caribe el fantasma de la nave corsario de Víctor Hugues, con el velamen desgarrado por los vientos de la muerte, la arboladura carcomida por cucarachas de mar, y equivocado para siempre el rumbo de la Guadalupe” (pág. 168).

Desde el punto de vista del viajero, ya sean éstos personajes reales (Marco Polo, Sir John Mandeville o Antonio Pigafetta), ya sean arquetipos míticos, lo cierto es que Cristóbal Colón resulta especialmente interesante por las posibilidades temáticas que ofrece. Dibujar la silueta del Almirante buscando una última morada está dentro de esta línea temática utilizada por García Márquez, pero además acerca al personaje a su verdadera historia póstuma.

Desde su muerte el mito y la leyenda han compartido el mismo espacio en la historiografía del Almirante. Al patriarca le cuentan que

“[Colón] se había vuelto musulmán, que había muerto de pelagra en el Senegal y había sido enterrado en tres tumbas distintas de tres ciudades diferentes del mundo aunque en realidad no estaba en ninguna, condenado a vagar de sepulcro en sepulcro hasta la consumación de los siglos por la suerte torcida de sus empresas, porque ese hombre tenía la pava, mi general, era más cenizo que el oro, pero él no lo creyó nunca, seguía esperando que volviera en los extremos últimos de su vejez” (pág. 253).

La imagen de un Descubridor “condenado a vagar de sepulcro en sepulcro” establece una relación muy particular con el corsario Víctor Hugues, con el judío errante, con Lucifer y con otros de los personajes habituales de la narrativa *garcimarquiana*. Este último peregrinaje de Colón está marcado por el fatalismo y la tragedia, o como recuerda uno de los edecanes al patriarca, “por la suerte torcida de sus empresas”. Al pa-

triarca llegan a contarle que Colón “se había vuelto musulmán”. Aquel que había sido el principal artífice en la evangelización de las tierras recién descubiertas (“creo que ligeramente se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían”, 1989, 31), es parodiado y ridiculizado en la idiosincrasia misma de sus proyectos más íntimos.

En el caso de Colón esta circunstancia no cuenta con ninguna apoyatura histórica, aunque una vez más, García Márquez tuvo un referente muy cercano en uno de los tripulantes de la empresa colombina: Juan Rodríguez Bermejo de Molinos, más conocido como Rodrigo de Triana. El cronista Gonzalo Fernández de Oviedo recoge una tradición según la cual Rodrigo de Triana, despedido por la actitud egoísta e intolerante de Colón, decidió vivir en África y convertirse a la religión musulmana, lejos del mundo hipócrita de los cristianos (Colón: 1989, 29). La imagen de un Cristóbal Colón abrazando la religión musulmana es más que una parodia; es un dardo envenenado contra la actitud mesiánica del Descubridor.

La biografía del navegante genovés está marcada por el providencialismo y un sentimiento profundamente religioso acordes con el contexto teocéntrico que domina los últimos años del Medievo. Aunque este aspecto ha sido muy criticado y cuestionado en multitud de ocasiones, dado el sesgo mercantilista que domina su carácter aventurero, su vida está llena de detalles que confirman todo lo contrario. A los ojos de un escritor como García Márquez, acostumbrado a destapar el lado oculto de las cosas, un personaje como Colón debe estar muy próximo a los caballeros andantes *a lo divino*, como si se tratara de un miembro más de la Tabla Redonda en busca del Santo Grial. Detrás de su obsesión constante por el oro se encuentra uno de los sueños que le acompaña toda la vida: la conquista del Santo Sepulcro de Jerusalén y la reconstrucción del Templo (Gil: 1977). Lo sorprendente de este empeño que le acompaña hasta el final de sus días radica en que dichos elementos constituyen símbolos inequívocos del pueblo judío, lo que ha llevado al erudito español Juan Gil a demostrar con datos incontestables que Co-

lón fue un falso converso en la España implacable e intransigente de los Reyes Católicos, lo que explicaría las continuas simulaciones e imposturas de su vida, así como los muchos enigmas -casi siempre religiosos- que jalonan su biografía conocida (Gil: 1989, 193-223).

Toda su vida es una búsqueda constante de los *topoi* característicos del Cristianismo. Incluso en aquellos momentos en que la vida se le vuelve tosca y adversa, Cristóbal Colón se siente conducido por ese extraño auriga que es la Providencia. Todo cuanto le ocurre es atribuido a la "gran ventura y determinada voluntad de Dios". Un ejemplo típico de esta actitud la encontramos el día 25 de diciembre de 1492, una vez que ha encallado la nao capitana. Según el Almirante, este accidente había sido ordenado por Dios "porque dexase allí gente" y poder así buscar y obtener el ansiado oro. Las riquezas que piensa reunir, según confiesa en su *Diario*, van a servir para que "los Reyes antes de tres años emprendiesen y adereçasen para ir a conquistar la Casa Sancta (...) que toda la ganancia d'esta mi empresa se gastase en la conquista de Hierusalem" (Colón: 1989, 101).

En realidad son muchos los ejemplos que hacen de Colón un perfecto cartógrafo de los *topoi* cristianos. En su tercer viaje, por ejemplo, creyó haber llegado a las vecindades del Paraíso Terrenal porque "todos los sacros theólogos conçiernan qu'el Paraíso Terrenal es en Oriente" (Colón: 1989, 215). Confunde el agua dulce de la desembocadura del Orinoco con aquella otra que debía manar del árbol de la vida y que a su salida del Paraíso formaba cuatro grandes ríos. El agua que prueba Colón no es el de la vida eterna y ni siquiera el de la Eterna Juventud, pero para él como si lo fuera. Llega incluso a describir este espacio geográfico recurriendo a sus vastos conocimientos bíblicos, convirtiendo un posible *locus amoenus* clásico en un espacio preadánico.

Son muchos los investigadores que creen que todo este "proyecto bíblico" fue una más de las engañifas a las que acudió frecuentemente con fines lucrativos. Sin embargo, será preciso reconocer que una estafa

de tal calibre no se hubiera perpetuado al extremo de comprometer la hacienda y el honor de todos sus descendientes, tal y como se recoge en su Testamento, fechado el 22 de febrero de 1498:

“Y porque al tiempo que yo me moví para ir a descubrir las Indias, fue con intención de suplicar al Rey y a la Reina, Nuestros Señores, que de la renta que Sus Alteças de las Indias obiesen, *que se determinasse de la gastar en la conquista de Jerusalem*, y así se lo supliqué, y si lo hacen, sea en buen punto, e si no, que todavía esté el dicho Don Diego [Colón] o la persona que heredare d’este propósito de aumentar el más dinero que pudiere para hir con el Rey Nuestro Señor, si fuere a Jerusalem a le conquistar, o hir solo con el más poder que tubiere que plaçera a Nuestro Señor, que si esa intención tiene e tubiere, que le dará el aderezo que lo podrá haçer y lo haga”(Colón: 1989, 197).

También en el relato que conservamos de su cuarto viaje encontramos esta obsesión típicamente colombina. El *discurso del fracaso* que vertebra la estructura narrativa e ideológica de la llamada *Carta de Jamaica*, tiene como contrapeso el creciente protagonismo de Colón dentro de los planes universales de evangelización. Tal y como confiesa a los Reyes Católicos, llega incluso a soñar que una voz celestial le declara responsable último de la suerte de los pueblos recién descubiertos:

“Desde que naçiste, siempre El tuvo de ti muy grande cargo. Cuando te vido en edad de que El fue contento, maravillosamente hizo sonar tu nombre en la tierra. Las Indias, que son parte del mundo tan ricas, te las dio por tuyas; tú las repartiste adonde te plugo, y te dio poder para ello. De los atámientos de la mar Ócéana, que estaban cerrados con cadenas tan fuertes, te dio las llaves; y fuiste ovedescido en tantas tierras y de los cristianos cobraste tanta honrada fama” (Colón: 1989, 322-323).

Las grandes señales de oro que cree advertir en Veragua le hacen albergar la esperanza de conseguir fantásticos e inigualables tesoros con los que poder emprender “la reedificación de Hierusalem y el Monte Sion” y añade: “¿Quién será que se ofrezca a esto?” (Colón: 1989, 329).

Él, por supuesto, siempre y cuando los Reyes Católicos le permitiesen volver a España con su honra y bienes restablecidos.

Este perfil religioso que estamos dibujando de Cristóbal Colón, obsesionado con encontrar y conquistar al enemigo árabe del Santo Sepulcro de Jerusalén, no es el argumento de una novela de caballería, tal y como pudieron escribirla Torcuato Tasso o Boores, sino las puntas visibles de una personalidad extraordinariamente compleja para quien la sola sospecha de su conversión al Islam resulta poco menos que intolerable. García Márquez golpea al Descubridor allí donde más le duele, en el sentimiento religioso, y hace del Almirante un personaje de alfeñique.

Como recuerda Michael Palencia-Roth, Colón vistió dos veces el hábito de San Francisco; la primera vez “después del segundo viaje, y otra vez poco antes de morir” (1983, 196). Tampoco debemos olvidar que fue enterrado en la iglesia de San Francisco de Valladolid. La última imagen que el patriarca tiene de él resulta sorprendente:

“lo reconoció desde la limusina presidencial disimulado dentro de su hábito pasado con el cordón de San Francisco en la cintura haciendo sonar una matraca de penitente entre las muchedumbres dominicales del mercado público y sumido en tal estado de penuria moral que no podía creerse que fuera el mismo que habíamos visto entrar en la sala de audiencias con el uniforme carmesí y las espuelas de oro y la andadura de bogavante en tierra firme” (pág. 253).

García Márquez reproduce en este fragmento dos instantes claves en la vida del Almirante: sus sueños de grandeza y la supuesta “penuria moral” en que se encuentra en el momento de su fallecimiento. La imagen de un Cristóbal Colón entrando en la sala de audiencias, como si fuera un bogavante, refleja con brillantez y mordacidad el trasiego de cortes, palacios y villas reales en las que busca financiación para sus grandes empresas marítimas. En el polo opuesto de su biografía encontramos la supuesta “penuria moral”, según la versión *garcimarquiana*, y

la "penuria económica", según la versión consolidada por la historiografía tradicional. Desde esta concepción historiográfica, la profunda religiosidad del Almirante le habría llevado a emplear honra y fortuna en la conquista del Santo Sepulcro y como consecuencia de tales quimeras habría muerto en la más absoluta pobreza y sin el reconocimiento de sus hazañas. De esta manera los biógrafos colombinos resaltaban la grandeza del personaje crecido siempre en la lucha religiosa y afrontando con entereza la adversidad.

Su biografía, convertida muy pronto en hagiografía, fue también utilizada por Alejo Carpentier en *El arpa y la sombra* para recrear el proceso de beatificación iniciado por el cardenal Giovanni Mastai-Ferreti con motivo de la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América. La impronta de un aventurero santificado por la historia ha estado latente en los últimos siglos.

Aunque Cristóbal murió en el más absoluto abandono, al punto que el cronista oficial de la ciudad de Valladolid no anotó este suceso, no fue ni mucho menos en las condiciones de pobreza que se han dibujado secularmente. García Márquez da una nueva pincelada al último cuadro en la vida del navegante genovés y convierte la supuesta pobreza económica en algo mucho más grave: la penuria moral. Colón es, para el escritor colombiano, el principal responsable y artífice de la suerte torcida que ha vivido Hispanoamérica en el proceso colonizador que llega hasta nuestros días.

La parodia que García Márquez hace de la biografía colombina alcanza su punto culminante cuando convierte su aventura en busca de las tierras de Catay y del Gran Kan, siguiendo la estela de Marco Polo, en un intento de conseguir "lo único que le interesaba de veras (...) descubrir algún tricófero magistral para su calvicie incipiente" (pág. 252). Cristóbal Colón, Almirante de la mar oceánica y gran artífice de la historia moderna, aparece así como un vulgar curandero medieval a la caza y captura de un crecepelos.

Hay un dato además que interesa al patriarca y es la posibilidad de “ver si era cierto lo que le habían dicho que tenía las manos lisas como él y como tantos otros grandes de la historia” (pág. 252). El hecho en sí es inaudito y por tanto propio del realismo mágico. Nadie nace con las manos lisas porque en las bifurcaciones de la piel está escrita la vida de los hombres.

El patriarca viene al mundo con una fisonomía muy particular, al punto que “sólo una adivina de circo cayó en la cuenta de que el recién nacido no tenía líneas en la palma de la mano y eso quería decir que había nacido para rey” (pág. 133). Sus manos lisas aparecen en numerosas ocasiones a lo largo de la novela y siempre para resaltar y matizar la peculiaridad de su carácter. Así, por ejemplo, conocemos “su incapacidad de amar en el enigma de sus manos mudas” (pág. 263) o su condición mesiánica en “*la palma de la mano de matarraya*” (pág. 65). Una pitonisa nos llega a decir que “aquellas manos cuyas palmas lisas y tensas como el vientre de un sapo no había visto jamás ni había de ver otra vez en mi muy larga vida de escrutadora de destinos ajenos” (pág. 95) revelan un pasado en blanco. Lo que no llega a saber ésta ni ninguna otra pitonisa es que se trata de “la palma de una mano sin origen” (pág. 23), atendiendo precisamente a su condición de arquetipo literario. El patriarca cree que Cristóbal Colón también tiene las manos lisas porque en él se origina el poder colonial. De la misma manera que ha heredado la “espuela de oro” del Almirante, ha podido también heredar este rasgo extraordinario de sus manos. Para confirmar o desmentir esta circunstancia

“había ordenado traerlo, incluso por la fuerza, cuando otros navegantes le contaron que lo habían visto cartografiando las insulas innumerables de los mares vecinos, cambiando por nombres de reyes y de santos sus viejos nombres de militares” (pág. 252).

Aunque de pasada, García Márquez está haciendo alusión a uno de los acontecimientos más importantes sobre los que se cimentó el conocimiento del Nuevo Mundo: su bautismo lingüístico. La aprehensión intelectual de la realidad recién descubierta fue iniciada precisamente

por Cristóbal Colón, cambiando de nombre la toponimia *ininteligible* que fue encontrando en su periplo americano. Todos aquellos lugares consagrados a héroes y dioses locales fueron asimilados para la conciencia europea a través de un bautismo fundacional que suprimió de golpe los topónimos tradicionales en favor de otros de clara tendencia pragmática y religiosa (Menéndez Pidal: 1959; Todorov: 1987). En la medida en que vastas extensiones de territorio fueron reconocidas con nombres procedentes de la península, las llamadas *Indias* tomaron cuerpo y entidad para una Europa que se abría paso a trompicones hacia el pensamiento renacentista⁷.

La imagen de Colón cartografiando todas aquellas islas que creyó situar muy cerca de Catay -conforme a la versión de Marco Polo- o su caracterización como hombre profundamente religioso que viste el hábito de San Francisco, o la insistencia machacona y macabra de su peregrinaje póstumo o el desastre de su nao capitana en el naufragio que presencia el patriarca desde su palacio presidencial, ponen de manifiesto el conocimiento acertado y exhaustivo que García Márquez tiene de la vida del Almirante. Pero además, la utilización atinada que hace de aquellos rasgos más sobresalientes de esta biografía insólita confirman su peculiar método de trabajo, su técnica "iceberg" de construcción literaria, según la cual el perfil que se detecta en la psicología (o actuación) de un personaje o las líneas que marcan una situación literaria constituyen sólo un octavo del trabajo intrínseco del escritor y son para García Márquez "los siete octavos que están debajo del agua los que sustentan [esa realidad literaria]" (Rentería, 205), la materia prima con la que debe trabajar todo novelista.

⁷ Esta es la idea que subyace en estudios ya clásicos entre los que destaco *Los libros del conquistador* de Irving A. Leonard (México, F.C.E., 1978), *La vocación literaria del pensamiento histórico en América. Desarrollo de la prosa de ficción: siglos XVI, XVII y XVIII* de Enrique Pupo-Walker (Madrid, Gredos, 1982), *Historia y Literatura en Hispanoamérica (1492-1820)* de Mario Hernández Sánchez-Barba (Valencia, editorial Castalia/Fundación Juan March, 1978), *Lo medieval en la conquista y otros ensayos* de Antonio Tovar (Madrid, Seminarios y Ediciones, 1970) y *La idea del Descubrimiento de América* de Edmundo O'Gorman (México, 1951).

Sus novelas están montadas con el mismo esmero con que el coronel Aureliano Buendía ensartaba una a una las escamas de sus pescaditos de oro. “No se puede hacer buena literatura, refiere García Márquez, si no se conoce toda la literatura. Hay una tendencia a menospreciar la cultura literaria, a creer en el espontaneísmo, en la invención. La verdad es que la literatura es una ciencia que hay que aprender” (Rentería, 2006). Y más adelante señala que “uno tiene que trabajar con sus propias realidades, eso no tiene remedio. El escritor que no trabaja con su propia realidad, con sus propias experiencias, está mal, anda mal” (Rentería, 2006). Sus experiencias de escritor y periodista, las primeras que registra en su niñez y las últimas que aborda desde su madurez intelectual, el mestizaje cultural que lo alimenta o su visión mágica del Caribe y de América Latina tienen mucho que ver con Cristóbal Colón y su *Diario* de navegación. En él comienza su tradición cultural y todos los equívocos que han tenido lugar en Hispanoamérica desde hace más de cinco siglos. Utilizar a un personaje de estas características equivale a estudiar el poder desde su implantación en territorio americano, con la certeza añadida de que el realismo mágico no sólo comienza en los escritos de su cuaderno de bitácora, sino también en los rasgos insólitos de su biografía desconcertante.

Bibliografía

- CAMACHO DELGADO, José Manuel. *Césares, tiranos y santos en El otoño del patriarca. La falsa biografía del guerrero*, Sevilla, Diputación de Sevilla. 1997.
- _____. *Magia y desencanto en la narrativa colombiana*, Universidad de Alicante, Cuadernos de América sin nombre. 2006.
- CARO BAROJA, Julio. *Vidas mágicas e Inquisición*, Madrid, Istmo. 1992.
- COLÓN, Cristóbal. *Textos y documentos completos*, Madrid, Alianza Universidad. 1989.

- COMELLAS, José Luis. *El cielo de Colón. Técnicas navales y astronómicas en el viaje del Descubrimiento*, Madrid, Ediciones Tabapress. 1991.
- DEIVE, Carlos Esteban. "La polémica sobre los restos de Colón", en *Actas del Primer Encuentro Internacional Colombino*, edición a cargo de Consuelo Varela, Madrid, Turner, págs. 245-255. 1990.
- DURÁN, Durán. "Conversaciones con Gabriel García Márquez" en *Revista Nacional de Cultura*, Caracas. 1968.
- FRENZEL, Elisabeth. *Diccionario de argumentos de la literatura universal*, Madrid, Gredos. 1976.
- FUENTES, Carlos. "Macondo, sede del tiempo", en *Textos sobre García Márquez*, La Habana, Centro de Investigaciones Literarias, Casa de las Américas, págs. 119-122. 1969.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. "Nueve años no es nada" en *Notas de prensa, 1980-1984*, Madrid, Mondadori, págs. 433-435. 1991.
- GENETTE, Gérard. *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*, Madrid, Taurus. 1989.
- GIL, Juan. "Colón y la Casa Santa" en *Historiografía y Bibliografía americanistas*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, XXI, págs. 125-135. 1977.
- _____. *Colón y su tiempo*, Madrid, Alianza Universidad. 1989.
- _____. "Traslados de restos, documentos y enigmas" en *Actas del Primer Encuentro Internacional Colombino*, edición a cargo de Consuelo Varela, Madrid, Turner, págs. 223-244. 1990.
- GRAMÜSSET, François. "Cristophe Colomb dans l'eschatologie marquisienne. Une lecture d'*El otoño del patriarca*", *Crisol*, nº 16, págs. 69-93. 1992.
- LEAL SPENGLER, Eusebio. "Cristóbal Colón, el enigma del sepulcro de La Habana", en *Actas del Primer Encuentro Internacional Colombino*, edición a cargo de Consuelo Varela, Madrid, Turner, págs. 257-273. 1990.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel. *Visión de los vencidos*, Madrid, Historia 16, *Crónicas de América*, nº 6. 1985.

- MANZANO Y MANZANO, Juan. *Colón y su secreto. El predescubrimiento*, Madrid, I.C.I. 1989.
- MENDOZA, Plinio Apuleyo. *El olor de la guayaba*, Barcelona, Bruguera. 1982.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón. *La lengua de Cristóbal Colón*, Madrid, Austral. 1959.
- PALAU DE NEMES, Graciela. «Gabriel García Márquez: El otoño del patriarca» en *Hispanérica: Revista de Literatura*, 4, núms. 11-12, págs. 173-183. 1975.
- PALENCIA-ROTH, Michael. *Gabriel García Márquez. La línea, el círculo y la metamorfosis del mito*, Madrid, Gredos. 1983.
- . "Prisms of consciousness: The 'new worlds' of Columbus and García Márquez", recogido en *Critical perspectives on Gabriel García Márquez*, EEUU, Society of Spanish and Spanish-American Studies, editado por Bradley A. Shaw & Nora Vera-Godwin, págs. 15-32. 1985.
- PISTARINOS, Geo. "Le tombe dei Colombo / Colón", en *Actas del Primer Encuentro Internacional Colombino*, edición a cargo de Consuelo Varela, Madrid, Turner, págs. 275-282. 1990.
- RENTERÍA MANTILLA, Alfonso. *García Márquez habla de García Márquez*, Bogotá, Rentería Editores. 1979.
- TAVIANI, Paolo Emilio. *Cristoforo Colombo. Genio del mar*, Roma, Instituto Poligrafico e Zecca dello Stato. 1992.
- TODOROV, Tzvetan. *La conquista de América. El problema del otro*, México, Siglo XXI. 1987.
- VARELA, Consuelo. *Cristóbal Colón. Retrato de un hombre*, Madrid, Alianza Editorial. 1992.